

**Viernes XXXIV del TO**  
**Ciclo A**



1 de diciembre de 2023

Dan 7, 2-14

Dan 3

Lc 21, 29-33

*P. Eduardo Suanzes, msp*

En la Biblia, tradicionalmente, el gran océano es el elemento caótico y hostil, del que surgen poderes feroces, inhumanos, dispuestos a dominar el tramo de historia que les asignen.

En el lenguaje de la literatura profética es común representar a los imperios en figura de animales<sup>1</sup>. No son simples imágenes, sino que interpretan y valoran. En el escenario de la historia (océano), agitado por los vientos cósmicos, operan y actúan los imperios en figura emblemática de animales. El león es Babilonia, Nabucodonosor<sup>2</sup>; el oso es el impero Medo; el leopardo es Persia; y la última bestia, terrible, es Alejandro. Al llegar aquí el autor se embarulla manipulando cuernos para introducir la figura de Antíoco, el imperio griego nacido de él. En resumidas cuentas, lo que se quiere decir es que las cuatro fieras se suceden en la historia, pero no humanizan a los hombres ni mejoran la existencia humana. Son como engendros que nada tienen que ver con lo que el hombre es, con su verdadera identidad.

En este estado de postración y caos aparece el hombre, el auténtico hombre, que es de otra categoría: es imagen de Dios, llamado a dominar los animales y a estos engendros de antes. Incluso, para subrayar que el verdadero hombre es imagen de Dios, este aparece dominando el caos en figura humana de un anciano venerable sentado sobre un trono. El fuego que lo rodea lo hace inaccesible y radiante. Ahora bien, el hombre es grande, pero a la vez es pequeño, muy pequeño: ¿cómo podrá dominar a esas fieras, cómo podrá dominar el caos, el desorden, la falta de humanidad? Solo si Dios le confiere o restituye el poder. Lo que Dios hace en la naturaleza tiene que hacerlo con más razón en la historia, para que la vida de los hombres sea una vida humana, no inhumana y feroz.

Es cuando aparece una figura humana, contrapuesta a las cuatro fieras; no es un ser misterioso y celeste. No desciende, asciende; aunque, desde el punto de vista del vidente, "viene". Y es presentado ante el anciano. A él se le da el poder por los siglos de los siglos. ¿Que poder? El poder sobre el caos, sobre la inhumanidad, sobre la oscuridad, el poder sobre todo aquello que representaban las bestias.

---

<sup>1</sup> ...como en el Apocalipsis, en que la bestia representa a Roma.

<sup>2</sup> Cfr. Comentario general a los capítulos de la visiones de Daniel en LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. T II*

En el Evangelio de hoy hemos oído que Jesús dice: « *cuando vean que suceden las cosas que les he dicho, sepan que el Reino de Dios está cerca*». Pero lo Jesús había dicho, hacía unos instantes (el evangelio de ayer) era que en Él se cumplía la profecía de Daniel: Él es la figura humana que aparece en el cielo. Es decir, el ser humano en Jesús domina la inhumanidad y el caos. Él es nuestro verdadero ser, nuestro verdadero yo, quien nos realiza plenamente como seres humanos, nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida. Ese es el Reino de Dios en nosotros.

El Reino de Dios en nosotros se establece cuando nos dejamos invadir por el Espíritu y, con ***determinada determinación***, como decía Santa Teresa, emprendemos el camino hacia el interior del Castillo, en el que Jesús ocupa el centro de nuestro ser, para llegar a lo que los místicos llaman la unión transformante, es decir, a la identificación plena con nuestro verdadero yo, nuestra verdadera identidad: el Verbo Encarnado. Esa es nuestra meta, ni más, pero tampoco menos.

Sor Isabel de la Trinidad, es su famosa oración de *Elevación a la Santísima Trinidad*, cuando se dirige a Jesús escribe:

*Mi Cristo amado crucificado por amor [...] quisiera identificar mi alma con los sentimientos de tu alma, pero reconozco mi impotencia. Por eso necesito ser poseída por Ti, sustituida por Ti, transformada en Ti para que me vida sea una irradiación de tu vida divina*<sup>3</sup>.

Esta es nuestra verdadera identidad profetizada por Daniel en aquella figura humana y que Jesús la cumple en Sí mismo: que nuestra vida sea una irradiación de la de Él, que nuestros sentimientos sean los suyos: esa es la unión transformante, ese es el centro del Castillo. Esa es nuestra vocación. Como digo, ni más, pero tampoco menos.

Y esto es tan cierto, este sueño de Dios sobre nosotros es tan verdadero y real que «los cielos y la tierra pasarán, pero sus palabras jamás dejarán de cumplirse», termina diciendo Jesús. Me emociona el comparar esta última frase de Jesús con aquella otra del profeta Isaías: «*los montes se correrán, las colinas se moverán, pero mi amor de tu lado jamás se apartará, dice tu Dios que te quiere*»<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> ISABEL DE LA TRINIDAD. *Elevación a la Santísima Trinidad*. 1904

<sup>4</sup> Is. 54,10